

Toboso y Tomelloso. Escritor, pintor, columnista y defensor de las causas nobles, el manchego utilizó como brújula de vida *Don Quijote*, novela a la que dedicó en 1921 un estudio de significativo título, *Es don Quijote el que guía*, que todavía resulta útil para seguir y recrear los espacios reales en los que Cervantes situó las peripecias del caballero y su escudero Sancho Panza, y que además hace un análisis sorprendentemente actual para conocer los problemas de nuestra tierra y tratar de buscar soluciones.

Mancheguista y defensor de los plebeyos, donde la mayoría de la gente veía jornaleros que tenían que esperar su turno para ser atendidos, él veía a Sanchos hambrientos que tenían que ser la base de la República, según denunciaba en los principales diarios de Castilla y Andalucía con la misma pasión que con la que defendía la creación en La Mancha de un regionalismo que mejorara la vida de sus habitantes.

La industrialización de las tierras manchegas –planteó incluso utilizar las lagunas de Ruidera para la construcción de hidroaviones–; el diseño de un modelo sostenible de turismo cultural que generara trabajo de calidad, y el reclamo de Miguel de Cervantes fueron sus recetas para tumbar los gigantes de la desocupación, el caciquismo y la despoblación desde 1917. Planes que podríamos firmar en el siglo XXI para afrontar el reto de la España vaciada.

Apodado El Solitario como pintor, y trasladado a Madrid para trabajar en diarios progresistas como *Luz*, volvió a su residencia de Villanueva de los Infantes, capital del Campo de Montiel, con el inicio de la Guerra Civil en 1936. En ese momento, por sus contactos con el mundo de la cultura (tenía una estrecha relación con intelectuales de la talla de Sánchez-

Albornoz y Juan Alcaide) y su compromiso con los valores del Frente Popular, fue elegido por el alcalde socialista de la localidad, Braulio Martín, para dos importantes misiones: gestionar la cooperativa de labradores y salvaguardar las obras de arte religioso.

Una de las joyas que encontró en la comarca fue una tabla de Fernando Yáñez que se conservaba en la parroquia de Almedina, reconstruida durante el siglo XX. Así, consciente del valor de la pintura, “puesto que en nuestro Museo Nacional apenas si existen obras de tan genial artista”, y por miedo a que fuera quemada por los exaltados, como había pasado con otros objetos de culto durante los primeros meses del conflicto, decidió esconderla en su casa hasta que el gobierno republicano se hiciera cargo y la llevara a un museo. Así pues, su llamada fue atendida por una brigada de la Caja General de Reparaciones de Daños y Perjuicios de la Guerra en enero de 1938, que consignó la descripción de la obra antes de llevarla hacia Barcelona: “Un cuadro atribuido a Fernando Yáñez de Almedina que representa una escena de la Virgen en la que aparece San Juan ofreciendo un ramo de flores a un niño, siendo su tamaño de 1,06 por 1,29 metros, estando pintado sobre tabla”.

Aun así, al acabar la guerra en 1939 el cuadro de Yáñez no se encontró por ninguna parte y Cipriano fue detenido por las autoridades franquistas, por su colaboración con la República y acusado también de la desaparición de la obra. Registraron su casa, le hurtaron una segunda edición del *Quijote*, la valenciana, y lo encarcelaron, apartándolo de su mujer y de su hijo de solo un año. Ni la declaración de familias de derechas a las que había dado de comer desde la cooperativa, ni siquiera la de sacerdotes y